



ISMAEL FRANCISCO

URBANO MARTÍNEZ CARMENATE

Mil historias por contar

Desde la publicación de su primer libro, este investigador cardenense, Premio Nacional de Historia 2022, descubrió que con el género biográfico podía ejercer dominio, a la vez, sobre la historia y la literatura

Por **YURINA PIÑEIRO JIMÉNEZ**

MÁS de medio siglo atrás, un tío suyo, con acento machista y cierta tirantez lo interpeló: “Hay que aprender a salir de la casa porque uno se pasa la mayor parte del tiempo fuera de ella. ¿No es verdad?”. Aquel niño que aún no tenía 11 años respondió signando su futuro: “Bueno, en parte, pero no en mi caso porque voy a ser escritor”.

Tal vez las primeras uñas que su madre le había cortado y plantado, unas en el tronco de una mata de rosas y otras entre las páginas de un libro, para ese entonces despertaban la pasión por las letras en el nacido el 12

de febrero de 1953. Pues, según cierta leyenda conocida en Cárdenas por la época, la primera acción garantizaría que su hijo fuera poeta, en tanto el segundo truco le concedería el don de la inteligencia. Ella hizo ambas.

Lo absolutamente real es que, en la finca San Juan de sus abuelos paternos, adonde fue llevado tras el divorcio de sus padres, Urbano Martínez Carmenate espantaba soledades con la magia de los libros, quedaba embelesado ante los cuentos e historias que su abuela, casi analfabeta, le narraba como una gran actriz de teatro; y allí, así, era muy feliz.

Pero a partir de los 13 abril se becó en una secundaria en Matanzas y de aquella felicidad solo quedaron el refugio de los libros y los recuerdos. Una mala racha: entre las carreras que le ofertaron no había ninguna cercana a la literatura; terminó optando por técnico en Veterinaria. Marchó a estudiar a La Habana, con la esperanza de que la especialidad lo enamorara. A los tres años, en las prácticas preprofesionales, cuando tuvo que virar una vaca al revés e inseminarla decidió que eso no era lo suyo. Pidió la baja.

Sin saberlo, el destino (si existe) y la vocación lo guiaban continuamente a los libros, a las vivencias de grandes personalidades de la cultura que al pasar de los años se convertirían en parte de su propia vida, pues Urbano despuntó como biógrafo desde el inicio de su desempeño laboral y ha llegado a ser uno de los más galardonados de Cuba.

Aunque no es dado a la prensa y la recibe cuando no le queda más remedio –confiesa– tuvo la gentileza de abrirnos sus puertas y conversar, en exclusiva, a sorbos de un delicioso café preparado por él mismo.

–¿Cómo llega Urbano al mundo de la literatura: golpe de suerte o búsqueda constante de su esencia?

–Un poco de las dos. Porque al abandonar la Veterinaria y volver a mi pueblo natal comencé a trabajar como maestro; enseguida, a los seis meses, los compañeros de Cultura me buscaron para que fuera director regional de literatura.

“Es que no sé nada de eso, yo escribo, pero’... fue mi reacción, la respuesta de un muchacho de 19 años. ‘Eso no tiene nada que ver, ahí vas aprendiendo’, me contestaron. Acepté. Esa decisión me llevó a otra oportunidad, pues poco tiempo después fue inaugurada la primera



Por su labor consagrada a la preservación y divulgación de la memoria histórica de la nación recibió, el pasado 23 de abril, el Premio Nacional de Historia 2022.

Escuela Nacional de Cuadros de Cultura y allá me enviaron. Cuando culminamos el curso de dos años nos dieron la oportunidad de matricular en la Universidad de La Habana (UH), en la carrera que quisiéramos. Entonces me inscribí en Lengua y Literatura Hispanas e hice mis cinco años viajando”.

—**¡Viajar de Matanzas a La Habana durante cinco años! ¿Cuántas veces pensó en colgar la pluma?**

—Fue difícil, sobre todo al principio. A veces amanecía con fiebre y estaba lloviendo, y me preguntaba: ‘¿Voy o no voy?’. Como ese malestar generalmente me duraba tres días y sabía que no podía perder tantas clases, me iba así mismo para la terminal a coger la guagua.

—“Esto no hay quien lo soporte, pero la voy a dejar [la carrera] mañana, hoy no, ya hoy sigo para La Habana, pensaba cuando tenía esa situación u otra. Sin embargo, al día siguiente actuaba igual. Así terminé el segundo año y dije: ‘¡Ahora sí que no la dejo, no pienso más nunca en dejarla!’”.

—**¿Por qué no se quedó en la encantadora Habana?**

—Siempre tuve la perspectiva de que en Matanzas podía hacer una obra más interesante. Porque en la capital hay mucha

gente, es muy tentadora. Por ejemplo, de haber estado allí al inicio del Período Especial lo más probable es que ahora no tendría ni la mitad de lo que escribí. Hubiera cogido contratas en 20 periódicos, en 20 emisoras, me hubiera perdido, mientras que aquí no lo hice, aunque no por falta de oportunidad.

—**Más de cuatro décadas en el Museo Provincial de Historia de Matanzas. ¿Lo suyo no era la literatura?**

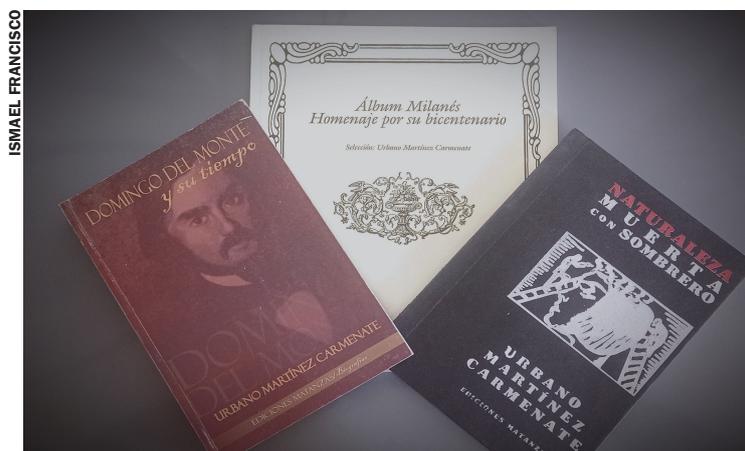
—En mis planes no estaba eso, pero cuando me mudé a esa ciudad para poder asistir diariamente a la UH, comencé a trabajar como asesor literario

de Teatro Papalote, luego pasé al Museo Provincial en condición de investigador, algo que no me desagradaba. De hecho, ha sido mi consagración laboral e intelectual; allí llevo más de 40 años.

—“Como en la institución había un fondo de Bonifacio Byrne me dije: ‘Perfecto, estudio esta personalidad y al mismo tiempo estoy dentro de la literatura’. A partir de aquellos documentos y de otros hice una biografía en dos años. El volumen, mi primer texto, ganó el premio nacional de investigación en la categoría de patrimonio cultural. Entonces descubrí que con la biografía podía ejercer mi dominio, a la vez, sobre la literatura y la historia, mis dos campos de interés.

—“A esa semblanza le siguieron las de José Jacinto Milanés, Nicolás Heredia, Domingo del Monte. Desde el primer momento empecé a triunfar, lo que me hizo quedar dentro de ese género alternando con el ensayo, que son mis preferidos. No obstante, también tengo publicados libros de cuentos y poesía.

—“Definitivamente me desvié un poco de mi ruta, pero sin dejar de ser escritor. Me bandeó entre la literatura y la historiografía. Y como historiador, al redactar le doy mucho peso al estilo, a la



Más de 20 libros conforman su obra literaria, en la que destacan los textos biográficos. *Domingo del Monte y su tiempo* posee los mayores galardones, entre ellos, el Premio de Investigación de la Academia de Ciencias.



ISMAEL FRANCISCO

La casa de Martínez Carmenate es un tesoro literario.

escritura propiamente, me siento muy responsable de todo eso por mi formación literaria”.

—¿El mayor desafío para un literato que incursiona en la Historia?

—La manera eficaz que escogamos para presentarla, porque el alcance de la Historia no depende únicamente de los sucesos o las personalidades que la protagonizan; la historiografía también tiene su arte.

“Cuando buena parte de la humanidad respira supeitada a un teléfono, nuestra meta tiene que ser influir desde las edades tempranas, pero para esto urge sustituir el discurso monótono por uno más dinámico, centrado en la esencialidad de la síntesis (evitar el ‘teque’), la complementación dialógica y el énfasis conceptual”.

—¿Por qué siempre devala en sus semblanzas contradicciones existenciales de la personalidad biografiada?

—Es que me inclino preferentemente por los personajes complejos, personas con una vida intensa, que se distinguieron de otras no solo por una obra admirable, sino también por los azares políticos y culturales que las circundaron.

“Además, si se entiende que la biografía es la historia de alguien, pues tiene que tratar

igualmente sobre esos huecos oscuros del protagonista, que suelen sacar de quicio a los lectores, a quienes les gusta establecer comparaciones con su propia persona”.

—¿Cómo es que ha hecho varias biografías de una misma personalidad por considerar la anterior “mala” o “coja”?

—Totalmente cierto. La primera fue la de Bonifacio Byrne, al pasar el tiempo hice otra, porque creí que él se lo merecía, así surgió *Bonifacio Byrne, el verso de la patria*. Igual pasó con la de José Jacinto Milanés, esa no era tan mala, pero podía ser mejor. Y escribí otra: *Milanés, las cuerdas de oro*. A Nicolás Heredia le debo una nueva semblanza. Aunque es un texto un poco más decoroso, debo volver sobre ella pues tengo elementos nuevos.

—¿Demasiado exigente con usted mismo?

—Sí. ¿Tú te imaginas lo que es un volumen como *Domingo del Monte*, de 500 y tantas páginas, escribirlo tres veces a lápiz? Eso lo hice yo. Actualmente redacto en la computadora, que humaniza el trabajo. Tengo mucho más oficio, pero igual, busco en cada párrafo las palabras que se repiten, las sustituyo por otras; una labor

de ingeniería del lenguaje. Es perseguir la perfectibilidad.

“Ahora el director de Ediciones Matanzas me dio la oportunidad, por mi cumpleaños 70, de publicar *Atenas de Cuba, del mito a la verdad*; y me comentó: ‘Tú lo tienes preparado, es entregármelo nada más’. ‘¡Pues mira que no! Es cierto que la última edición [la tercera] fue muy exigente, pero yo tengo que revisarlo y quitarle y arreglarle cosas, porque han pasado 12 años’, le riposté. ‘Está bien, te conozco’, accedió”.

Lo de Urbano con los libros, con las historias de la historia es un punto y aparte. Pareciera que está poseído por el encanto de los miles y miles de libros que atesora en el segundo piso de su casa. Una biblioteca enriquecida con ejemplares regalados por amigos y otros heredados, como los de la familia Castellanos, quien lo acogió como a un hijo e invitó a vivir con ellos.

Casi nunca lo vamos a encontrar haciendo vida social, sino ensimismado en las propias contradicciones de los personajes que investiga. Cuando más, lo hallaremos junto a Leo, su compañero de vida, en busca de un soplo de mar y naturaleza.

El año pasado, con 69 años, empezó a escribir un artículo a propósito del centenario de la muerte de Emilio Bobadilla, según él, el escritor más importante que ha dado Cárdenas. La historia sobrepasaba las nueve páginas admitidas por la revista *Matanzas*, cuando encontró la convocatoria del Premio Literario Fundación de la Ciudad de Matanzas 2021, en la cual se aceptaba: ensayo, 100 páginas. “¡Esta es mi oportunidad!”, se dijo feliz. Y en efecto, Urbano conquistó el máximo galardón con *Fray Cándil: la pluma del diablo*.

Siempre tiene un proyecto literario en mente, otro en el teclado de su computador y probablemente alguno en la imprenta. Suele decirle a la muerte: “Espera, aún tengo muchas historias por contar”. ●